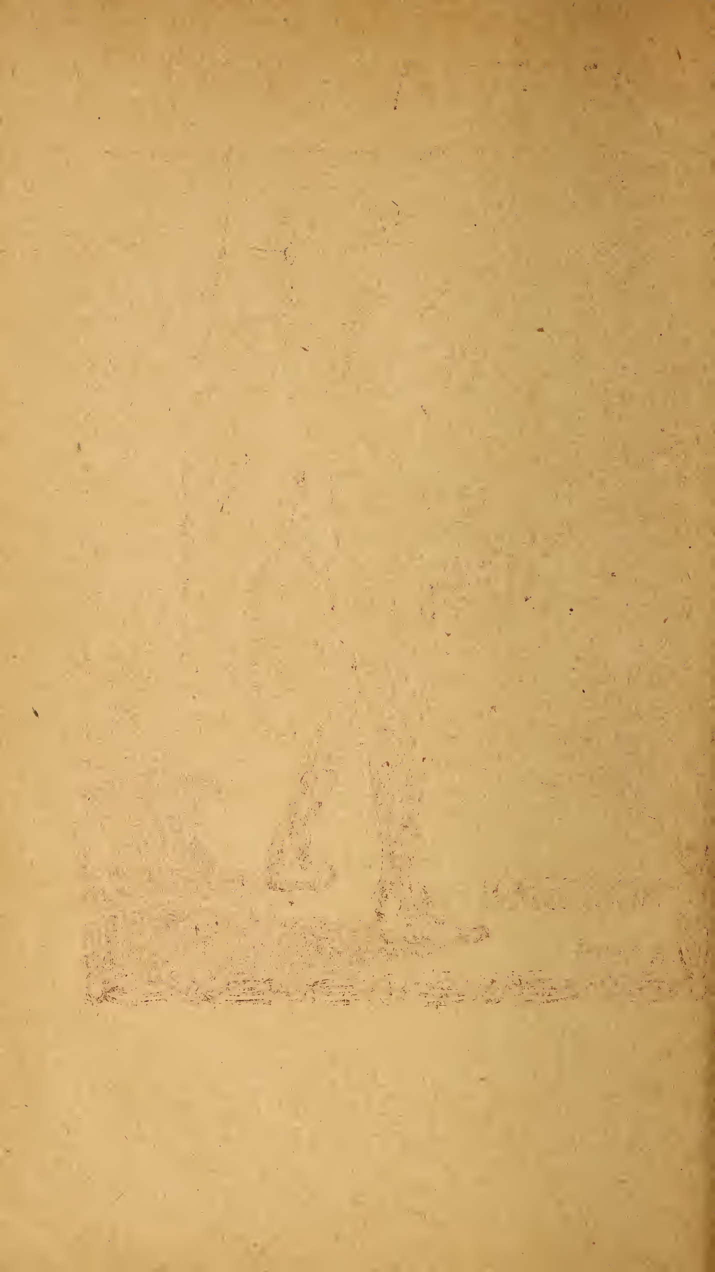


N.º 19

Príncipe a la fuerza



GALERÍA DRAMÁTICA SALESIANA

HOMBRES NÚM. 19

PRINCIPE A LA FUERZA

SAINETE EN UN ACTO

POR

S. VALLADARES

4.ª EDICIÓN



LIBRERIA SALESIANA

APARTADO 175. — BARCELONA

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS

ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA.—SARRIÁ (BARCELONA

PERSONAJES

El Principe
El Mayordomo
D. Isidoro
Pedrito
Julian, criado
Doctor Tenacillas

ÉPOCA: Actual.
LUGAR: En España.
TRAJES: Del día, acomodados al carácter de cada papel.



COSAS NECESARIAS PARA LA REPRESENTACIÓN

EN LA ESCENA.—Muebles de lujo, un sillón, sofá, mesa, recado de escribir, papeles, un traje de general sobre un sillón.

A JULIAN.—Un palo, en la escena V. Una bandeja con chocolate y bizcochos, en la escena VII. Una carta, en la escena X. Un pliego y cartas en la escena XIII.

A MELISCA.—Cuatro paquetes de dinero, en la escena VIII.

AL DOCTOR.—Una cajita, con instrumentos, en la escena última.





Antecámara del PRINCIPE, muebles de lujo, un sillón y sofá, una messa con recado de escribir y papeles; sobre un sillón un traje de general.

ESCENA PRIMERA

CRIADO solo

¡Uf! ¡Cuánto polvo hace este peón por arreglar este cuarto! El general ha dejado aquí su uniforme y se va a poner perdido con tanto polvo. Será mejor taparlo. *(Entra y sale con un trapo blanco y lo extiende sobre la ropa.)* Espero que no durará mucho este trabajo; de lo contrario, tendría que tapar todos los muebles. *(Pasa el plumero por los muebles.)* Es necesario, además, estar alerta, me fío poco de él. *(Señalándole.)* Hay aquí tantas prendas, y no quisiera que, desviando alguna, me pusiera en apuros, No le perderé de vista.

ESCENA II

PEDRITO

PEDR. *(Abre con cuidado la puerta y asoma la cabeza y luego sale y quédase parado, mirando a*

a todos lados.)—¡Cielos! ¡Qué habitación, parece la gloria! Nunca había visto cosa semejante. Seguramente, que el dueño es un alto personaje. ¡Qué muebles! no se parecen en nada a los de mi casa. *(Se para frente al sofá u otomana.)* ¿Qué será esto? ¿Una cama? Pequeña es; me dan ganas de echarme un ratito en ella. Si no temiera ensuciarme la ropa, digo, ensuciarla con mi ropa. *(Va para echarse y se vuelve; por fin se echa y se levanta espantado.)* ¡Socorro, que me hundo! Temí no poderme levantar más; probemos otra vez. *(Se echa otra vez.)* ¡Ah!.... ¡qué bien se está en estas camas! ¡Pero qué rebonito es todo esto! Uno no se cansa de mirarse.. *Se para frente al espejo y se asusta.)* ¡Ay! un hombre, por allí me vió y... Ja, ja, ja, ja. ¡Qué torpe soy, si es un espejo un poquito mayor que el que yo tengo para peinarme, cuando lo hago! Ya lleva dos sustos. *(Mira sobre el velador.)* ¡Hola! ¿Qéué es esto? ¡Pedacitos de pan! ¿Será para comerse? Probemos. *(Come un poquito.)* ¡Qué bueno es esto? *(Se lo come todo de un bocado.)* ¡Y qué dulce! ¡Qué bien comen esos señores! Si yo hubiera nacido marqués o cosa así, también comería estos panecillos tan menudos. Entonces no sería así. *(Se mira al espejo.)* Pero qué sucio que voy: la cara, las manos, la ropa. Así no podría ser marqués; es menester limpiarme un poco. *(Ve el trapo.)* Mira, aquí está esta toalla que dice: toma y límpiate.. *(Lo hace.)* ¡Ah, ja, ja! Ya parezco otro. *(Deja el trapo y ve el traje.)* ¡Cielos! ¡cuánto oro! Qué traje más rico; con este traje cualquiera hace buena figura, hasta yo. ¡Me dan unas ganas de probármelo! *(Indeciso.)* ¿Y si me sorprenden? Ea, nadie me verá. *(Mira por todos lados.)* No hay nadie, voy a probármelo. *(Lo toma y se lo lleva al cuarto por donde ha salido.)*

ESCENA III

EL PRINCIPE con bata, pantuflas y casquete

PRINC.—Aquel maldito anónimo no me ha dejado dormir. Estoy nervioso. Si fuere verdad lo que en él me dicen. Mi mayordomo está en tratos con el conde del Pinar, mi mayor enemigo. Avenirse los tres para robarme a mansalva. Bien claro lo dice. «Su administrador y su mayordomo están en avenencia con el conde del Pinar y su intendente para estafarle. Si quiere enterarse por sí mismo, véngase disfrazado a las señas que indico, mañana por la mañana, y sorprenderá a uno de sus infieles servidores con sus enemigos, pudiendo, si quiere, escuchar su conversación.»

¿Es posible que, en cambio de mis beneficios, me robe de esta manera? Espero que no será cierto. ¡Quién se fía de un anónimo! Sin embargo, puedo comprobarlo, sorprenderlo y escucharlos. ¿Cómo me proporcionaré un disfraz para no ser conocido?

ESCENA IV

Dicho y PEDRITO

Entra vestido de general, con un fardo de su ropa bajo el brazo; al ver al PRINCIPE queda petrificado.

PEDR.—¡Qué veo! ¿Será el dueño de esta casa? Si me ve, me mata.

PRINC. *(Con furia.)*—¡Malditos!

PEDR. *(Se espanta y da un salto.)*—¡Ave María Purísima! *(Le cae el fardo y huye al cuarto.)*

PRINC.—Todos mis cálculos fallan; no veo otro re-

medio que el que yo mismo me vaya disfrazado; pero ¿cómo? *(Se pasea agitado.)* Sí, hay que salir de dudas. Bien disfrazado no me conocerán, y... *(Topa con el fardo.)* ¿Qué es esto? Calla; el vestido del peón. Magnífico. Me aprovecharé de él. ¿Qué mejor disfraz que éste? ¿Quién conocerá con este vestido al príncipe de Oscar. *(Se quita la bata y se pone el vestido de peón.)*

PEDR.—¡Caracoles! se pone mi vestido y ahora...

PRINC.—Tiembla, oh pérfido, si descubro tu infamia.

PEDR.—Tiemblo de veras.

PRINC.—Si llego a descubrir que sea verdad mi sospecha, aun a trueque de consumir medio patrimonio, juro sepultarte en la infamia y en la miseria.

PEDR. *(Lloriqueando).*—¡Pobrecito de mí! ¡Aún más pobre!

PRINC. *(Vestido ya.)*—A ja ja, procuraré salir sin que me vean.

ESCENA V

CRIADO y dichos

CRIADO. *(Saliendo).*—¿Qué veo? ¡El peón aquí!... ¡Eh! ¿Adónde vas?

PRINC. *(Aparte).*—¡Mi criado!... no quiero descubrirme.

CRIA.—A ti te digo, bribón, ¿no oyes? ¿Adónde vas?

PRINC.—Es mejor salir. *(Hace por irse.)*

CRIA. *(Señalando la puerta).*—Por aquí, por el mismo camino por donde has venido.

PEDR.—¡Pobre de mí! Ahora lo hace pasar por este cuarto, y me sorprenden.

CRIA.—Contigo hablo, canalla. ¡Ah! Ya comprendo. ¿Quieres que te mida las costillas?

PEDR.—No estaría mal que le vapuleasen en lugar mío.

PRINC. *(Confuso)*.—Si me quedo, me descubre; es mejor marchar. *(Va para salir)*.

CRIA. *(Le da un empujón)*.—¡Qué! ¿No entiendes el castellano? Métete por esa puerta, y no en el aposento.

PRINC. *(Aparte)*.—Si no fuera porque no quiero descubrirme, ya le enseñaría el modo de proceder a este bárbaro.

CRIA.—¡Oh! ¿No quiere salir? Ahora te sirvo yo... espérame un poco. *(Vase.)*

PEDR.—¡Ahora sí que se las pilla su alteza!

PRIN.—Aprovechémonos ahora. *(Vase)*.

PEDR.—Esta sí que es buena. Ahora, en lugar del Príncipe me encontrarán a mí, y cobro yo por él. *(Se esconde.)*

CRIA. *(Con un palo)*.—Ha huído. *(Mirando a la puerta falsa.)* ¡Ah, bribón, suerte que has escapado a tiempo! Quería hacerte probar el sabor de este palo en las costillas. Si no hubiera estado alerta, aquel majadero me la pega, pero yo que desconfío, preveo las cosas a tiempo. Mientras su alteza se levanta, voy a preparar el chocolate. *(Vase.)*

ESCENA VI

PEDRITO solo

PEDR. *(Sale temeroso)*.—¡Esta sí que es gorda, gorda, gordísima de veras! Su alteza se ha llevado mi vestido y yo tengo el suyo. Y así de ningún modo puedo salir de aquí. Si vuelve aquel endiablado camarero me muele a palos; me toma por un ladrón y me llevan sin remedio a descansar a la sombra. ¡Oh, sí! Es mejor volverme a mi trabajo. *(Se acerca.)* Pero ¿cómo?

¿Con esta ropa? ¡Qué canastos! Me desnudaré. ¡Pero desnudarse! Y después ¿cómo me quedo? En paños menores no puedo desempeñar el oficio del maestro Andrés. Al diablo con todos. ¿Quién me ha tentado para que me vistiera con estos paños? *(Los mira.)* ¡Y son muy hermosos! A mi parecer hago una donosísima figura. Ya lo creo. *(Mirándose en el espejo.)* Una figura digna de esculpirse. Desafío a cualquiera a conocerme. *(Se mira y paséase con garbo y pavoneándose.)* Yo mismo no me conozco, parezco un verdadero señor, un príncipe; y hasta el porte. *(Se mueve con mucha etiqueta.)* Y si no fuera cierta cosa llamada miedo, que me hace temblar por dentro, me creería ser un verdadero señor. Quiero hacer una prueba sobre esta hundible sillaza. *(Se sienta y hace gestos de maravilla y de gusto.)* ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué gusto! ¡Qué bien se está! ¡Qué bueno es hacer el oficio de los señores! ¡Con cuánto gusto lo haría! ¡Cuán feliz sería si...

ESCENA VII

CRIADO y dicho

CRIA.—¿Qué veo? Su Alteza se ha levantado y se ha vestido. *(Se queda un poco atrás.)* Alteza...

PEDR.—Ya está de vuelta: ahora sí que me apalea. ¿Qué haré para no descubrirme? *(Se cubre con el pañuelo la parte por que puede ser conocido.)*

CRIA.—¿Quiere su Alteza que le peine?

PEDR. *(Le hace señal de que no y le indica la puerta, diciendo:)* Bru... bru... bru...

CRIA. *(Aparte)*.—¿Se habrá puesto enfermo?...

No responde más que por señas. *(Se quiere acercar.)*

PEDR. *(Repite con mayor fuerza).*—Bru... Bru...

CRIA *(Le hace una reverencia).* Voy a buscar el chocolate.

PEDR.—¡Este sí que es un buen modo de hablar! bru... bru... bru... de este modo, a buen seguro que no me descubren. ¿Será este quizá el lenguaje de los grandes señores?... Pero ¿cómo concluirá esta comedia? Yo lo sé muy bien, y casi lo siento: *(Se palpa las costillas.)* a esplendidísimos garrotazos. Si viniese al menos su Alteza y me restituyera el vestido... por todos los clavos de una puerta vieja. ¡Vaya una Alteza! toma las ropas de otros, sin el debido permiso, como si tal cosa. Es una ocasión bastante... y entretanto él hace una figura... una figura... que ya, ya.

CRIA.—*(Vuelve con el chocolate y bizcochos: lo coloca sobre el velador.)*

PEDR.—Otra vez. *(Vuelve a cubrirse otra vez.)* Este es un fastidioso de primera clase.

CRIA.—¡Alteza! ¡el chocolate! ¿Desea que le sirva?

PEDR.—¿Qué será? Es mejor probarlo. *(Hace señal que lo acerque.)*

CRIA. *(Se lo acerca todo, y la mesa.)*—Parece que el Príncipe está mudo esta mañana.

PRDE. *(Le indica la puerta diciendo).*—Bru... bru... bru...

CRIA.—¿Que le parece al señor? *(Vase.)*

PEDR.—Estoy solo *(acecha),* solito; probemos esta bebida. ¡Huy! tinta negra: yo no quiero beber tinta. *(Huele.)* Pero despide buen olor, un olor tan agradable, que en mi vida he olido cosa semejante. ¡Ea! esto no será tinta... será alguna bebida de ultramar. ¡Qué buenas cosas comen los señores, es decir, beben! ¡Bien! ¡Bien! Vamos a probarlo. *(Se desabrocha y bebe.)* ¡Ay, que se

me queman las tripas! *(Coge la botella del agua, y dejándola, dice:)* No... agua bebo siempre; la conozco demasiado. *(Toma un bizcocho.)* Son palillos, cañas de India, pero creo que serán para comer. Probemos. *(La moja en el chocolate.)* ¡Qué buenos! *(Se lame los dedos.)* ¡Bonísimos! *(Come con afán.)* ¡Requetebonísimos! *(Acabado el chocolate limpia el plato con la lengua.)* ¡Qué sabroso es este caldo negro! Me siento mejor. *(Se arrellena en la silla.)* Ya no abandono más el oficio de señor; es muy cómodo.

ESCENA VIII

CRIADO, después MELISCA y dicho

CRIA. *(Asomando por el fondo).*—¡Alteza!

PEDR. *(Vuelve a cubrirse). (Aparte).*—Helo aquí otra vez; cuando más le echo de aquí, más se empeña él en volver; ¿si mandarán más en estas casas los criados que los señores?

CRIA.—El señor mayordomo pide audiencia.

PEDR. *(Le hace seña de que recoja el servicio). (Aparte).*—¡Maldición! ¡Una visita! Ahora sí que me descubren sin remedio.

CRIA. *(Quitándolo todo).*—Su Alteza debe tener dolor de muelas.

MELIS. *(Deteniéndose).*—Alteza, tengo el honor de darle los buenos días al mismo tiempo que vengo para recibir sus órdenes.

PEDR. *(Hace señal de darle gracias). (Aparte).*—Mejor sería que no hubiera venido a honrarse.

MELIS. *(Al criado).*—¿Está enfermo el Príncipe?

CRIA.—Creo que sí.

MELIS.—¿Y qué le aqueja?

CRIA.—Por lo visto un dolor de muelas.

MELIS.—¡Cáspita! Vete en seguida a llamar al dentista.

CRIA.—¡Pero si no ha dicho nada!
MELIS.—No importa, vete y llámalo en seguida.
CRIA.—Obedezco al instante. *(Vase.)*
MELIS. *(Al Príncipe)*.—Si me permite siquiera mostrar a V. A. las dos mil pesetas que mandó cambiar en oro para el conde de Lebré.
PEDR.—¡Dinero!... ¿También dinero? Es una gran cosa hacer de señorito... ¡también dinero!... *(Le hace señal que se adelante.)*
MELIS. *(Acercándose)*.—Si quiere su Alteza honrarme indicándome cómo debo efectuar ese pago, ejecutaré puntualmente sus órdenes.
PEDR.—¡Qué ceremonioso! *(Le manda que se los entregue.)*
MELIS.—Aquí están en cuatro cucuruchos.
PEDR. *(Se los pone cerca de sí)*.—¡Oh, cuánto dinero! Produce más un día de señor, que diez años de peón de albañil.
MELIS.—Podría equivocarme, pero su Alteza parece un poco incomodado.
PEDR. *(Le hace señal de que se vaya)*.—Ese quisiera que yo hablase, pero antes reviento.
MELIS.—Ordenaré al doctor que venga a visitarle.
PEDR. *(Hace señal de que se vaya)*.—Sólo faltaba eso.
MELIS. *(Saliendo)*.—Voyme, ya que me lo manda... quizá sospeche algo... pero no dice nada... temo... *(Vase.)*
PEDR.—¡Finalmente! Muy bueno es hacer el señor, pero también mucho fastidio tener que hablar sin ganas con la gente. ¡Bravo! Ahora soy rico, riquísimo, millonario; tengo dinero, oro y puedo... y puedo ir a la cárcel hasta la tercera generación. ¡Caracoles!, si me sorprenden así vestido y con tanto dinero, me toman por algún famoso ladrón... fuera todo, ahora los pongo aquí sobre la mesa y tomo las de Villadiego por el mismo sitio que entré, con todos los vestidos

del Príncipe. Esto está bien; ¿y cómo salgo después del palacio con este vestido?... Esto va a acabar mal.

ESCENA IX

CRIADO, después D. ISIDORO y dicho

CRIA.—¡Alteza!

PEDR. *(Aparte).*—¡Si os llevara el diablo a todos!

CRIA.—Está esperando en la antesala el Administrador del Conde de Lebré, que desea hablarle un instante.

PEDR.—¡Maldito principado! A ver si voy a tener que dar audiencia a toda la ciudad. Basta; con dos gestos los despacho al momento. *(Se sienta.)*

CRIA.—Tenga la bondad de pasar. Hoy tiene dolor de muelas que le impide hablar; pero no temáis, acercaos. *(Vase.)*

ISID.—¡Gracias! *(Pedrito le manda acercarse.)* ¡Oh mi augusto señor! Vuestra Alteza me honra demasiado.

PEDR.—Si es así, dejaos honrar. ¿Vos sois...

ISID.—Don Isidoro, el Administrador del Conde de Lebré... pero permita, Alteza, que le bese la mano.

PEDR. *(Aparte).*—¡La mano a mí! ¡Capricornio! está llena de hollín. *(Después de mil gestos le presenta la mano.)*

ISIDR. *(Aparte).*—Para ser un Príncipe, tiene la mano más que sucia. Señor, ¿se digna escucharme?

PEDR. *(Con voz sofocada aparte).*—¡Cuánto me fastidia! Hablad, hablad.

ISID.—Debe saber vuestra Alteza, que lastimaría mi conciencia si dejara que le engañasen por más tiempo algunas personas de su confianza, y que vuestra Alteza favorece mucho más de lo que merecen.

PEDR.—¡Oh! ¡oh!

ISID.—Sí, señor mío; vos tenéis a vuestro servicio un hombre que os roba a mansalva.

PEDR.—¡Eh! ¡eh! *(Aparte.)* Esto es lo que pasa, y especialmente en casa de los señores.

ISID.—¡Por Dios, Alteza, guardad el mayor secreto! Me atrevo a manifestarle un arcano, con la certeza de que tal revelación será siempre ignorada por él y que jamás ha de conocer el señor Mayordomo, de quien usted la supo.

PEDR.—¡Ah! ¡Ah!

ISID.—Sepa vuestra Alteza que le tiene engañado y que el engañador, o, mejor dicho, el ladrón, es el mismo señor Mayordomo de vuestra casa. Mantiene secreta correspondencia, y a menudo...

PEDR.—*(Hace la señal de que no le importa nada)*.

ISID.—Regala a sus amigos con frecuentes banquetes pagados con el dinero robado a vuestra Alteza.

PEDR.—¡A mí qué! *(Más indiferente.)*

ISID.—¿No os dignáis responder siquiera una palabra?

PEDR. *(Murmurando)*.—¡Eh! ¡Hum!

ISID.—¿Cómo? ¿No me cree? Yo no soy capaz de engañarle. Tengo pruebas y puedo...

PEDR.—*(Cada vez más indiferente.)*

ISID. *(Picado)*.—Pero si es verdad lo que le digo. ¡Oh! Aquí va mi reputación y no quiero ni sufro que me llamen embustero. Yo sé dónde tiene escondidas todas las cartas del señor Mayordomo; ahora voy a buscarlas y se las mando inmediatamente dentro de un pliego; así tocará con las manos la verdad...

PEDR.—Sí, sí. *(Aparte.)* Marcha, marcha, y que te lleve el diablo.

ISID.—En verdad que éste no parece el príncipe de antes. *(Vase.)*

PEDR.—Ya lo creo. Gruñe, gruñe. ¡Sí, sí! ¡Ah, ah!

¡Eh, eh! ¡Em, em! ¡Oh, oh! ¡Qué bonitas respuestas le he dado! ¿Eh? Antes que venga, salgamos de este embrollo. *(Se encamina a la puerta.)*

ESCENA X

CRIADO y dicho

CRIA. *(Con una carta).*—Alteza, una carta del infeliz Rubén, vuestro antiguo Administrador, que ruega os dignéis leerla.

PEDR.—¡Bravo! ¡Si no sé leer! Si yo fuese Príncipe de veras, no querría tanta música. *(Hace señas en confuso.)*

CRIA.—¿Quiere que se la lea?

PEDR. *(Sí, con la cabeza.)*—No perderemos nada en oirla.

CRIA. *(Lee.)*—«Por la otra súplica ya presentada, habrá comprendido toda la desdicha de su antiguo Administrador por la temprana muerte de su consorte, y después por la cárcel que me amenaza, si dentro de veinticuatro horas no satisfago una letra de cambio aceptada sólo por hacer bien. Por lo tanto, el humilde exponente suplica de nuevo a la innata caridad y bondad de vuestra Alteza, a fin de que se digne socorrer de alguna manera a esta infeliz familia, compuesta de cinco hijos, que se encuentra en vísperas de llegar al último extremo, y lo que es más, dos hijas casaderas, sin guía y sin socorro, en medio de la desgracia y expuestas a graves peligros, por haber procurado el bien de sus semejantes.»

CRIA.—Es digno de lástima.

PEDR.—(¿Qué diablo le voy a dar si no tengo un céntimo? Lo que podré hacer es llevarlos conmigo.)

CRIA.—¿Qué respuesta debo dar a este infeliz?

PEDR.—Ahora que me acuerdo... aquel dinero... es mejor que se lo dé. *(Se lo da.)*

CRIA.—¡Oh corazón magnánimo y generoso!

PEDR.—Y generoso. *(Gesto de tragar.)*

CRIA.—Estos rogarán ciertamente por la salud de su Alteza. *(Vase.)*

PEDR.—¡Ojalá fuera muy larga! He aquí arreglado ya este negocio; yo creo que el Príncipe haría lo mismo. En fin, ¿qué debía darle, cuando no poseo ni siquiera mi ropa, y me encontraría en camisa si no fueran estos vestidos señoriles que me cubren? *(Se levanta.)* ¡Cuánto siento no ser el verdadero Príncipe! ¡Qué mala cosa es haber probado la buena vida y tener que volver a la de peón! Digo la verdad, me he acostumbrado a vida de señor y dejaría con mucho gusto de limpiar... Oigo ruido... ¿quién viene?... acaso... *(Observando.)* ¿Dónde me escondo? ¿Debajo de esta mesa? Sí; aquí no me verán.

ESCENA XI

EL PRINCIPE y PEDRITO, que asoma la cabeza de cuando en cuando

PRINC.—Por ahora me basta. Haré otro descubrimiento y después me resolveré. *(Se viste el traje de casa.)* La bilis me sofoca. Nunca hubiera imaginado tan negra ingratitud en quien yo favorecía con mi confianza. He visto tanto, que basta para aclarar toda duda... Pero, ¿cómo es que no hay nadie por aquí? *(Toca un timbre.)*

ESCENA XII

CRIADO y dicho

CRIA.—¡Mande! (¡Ah!, se ha puesto en traje de casa. No comprendo lo que le habrá pasado al Príncipe esta mañana.)

PRINC.—¿Hay alguien en la antesala?
CRIA.—No, Alteza.
PRINC.—¡Tráeme el chocolate!
CRIA.—Ya está bien digerido.
PRINC.—¿Qué te sorprende? El chocolate he dicho.
CRIA.—Si quiere que le traiga otro, voy al momento a hacerlo.
PRINC.—¿Otro? ¿Y cuándo lo he tomado?
PEDR.—(Tiene razón, yo lo he tomado, en su lugar.)
CRIA.—Quizá no se acuerde. Voy a servirle.
PRINC.—¿Estás loco? ¿Qué dices?
CRIA.—Estoy seguro de que lo ha tomado y con mucho apetito, habiendo yo retirado la jícara muy limpia.
PEDR.—(Ya lo creo; yo la he lamido y relamido.)
CRIA.—También el señor Intendente estaba, cuando...
PRINC.—¿Has perdido el seso? ¿Quieres hacerme creer y persuadir de que yo he tomado el chocolate?
PEDR.—(¡Qué diálogo más divertido!)
CRIA.—Alteza, es la mismísima verdad.
PEDR.—(Yo soy testigo.)
PRINC.—No mientas, o te hago deponer mi librea.
PEDR.—(¡No, por piedad, que tendría que ponerse mi vestido de peón!)

ESCENA XIII

MELISCA y dichos

MELIS.—¡Alteza!
PRINC.—A propósito, Intendente. Ahora mismo me querían persuadir de que yo he tomado el chocolate y que vos mismo estabais presente.
MELIS.—Llegaba yo cuando el criado retiraba la jícara vacía... Ahora si vuesa merced ha tomado el chocolate, no lo sé.

PEDR.—(Claro que la jícara estaba vacía.)

PRINC.—Parece que os habéis puesto de acuerdo para agotarme la paciencia. Pero ¡voto a tal!, no saldréis con vuestro intento; y yo sabré tomar medidas oportunas.

MELIS.—No crea que le engañen.

PRINC.—Creo, y no creo, porque le estoy viendo... basta así.

MELIS.—(Temo ser descubierto.)

CRIA.—(No lo entiendo.)

PEDR.—(Acabarán por volverse locos.)

PRINC.—Dejémonos de eso, Intendente, ¿me habéis cambiado aquel dinero en oro.

PEDR.—(Ha cambiado de puesto.)

MELIS. *(Sorprendido)*.—¡El dinero!

PEDR.—(Otra sorpresa.)

MELIS.—¿No lo ha recibido hace poco, vuestra Alteza?

PEDR.—(No yerra poco el señor intendente, porque su Alteza no ha recibido nada.)

PRINC.—¿Yo he recibido el dinero? Y ¿de qué manos?

MELIS.—De las mías, que he tenido el honor de entregárselo en la misma mesa en que tomó el chocolate.

PEDR.—(¡Y vuelta con el chocolate!)

PRINC.—¿Yo he recibido el dinero? ¿De vos? ¿Yo?

PEDR.—(El Príncipe tiene razón, no ha recibido nada.)

PRINC.—*(Inquieto.)*—¿Y también me quieren hacer creer esto? ¿Pero soy yo acaso un imbécil un tonto, un mentecato?

PEDR.—(Yo sí parezco un gato, aquí debajo de la mesa.)

MELIS.—¡Oh, pobre de mí! ¿No se acuerda? Acaso será porque le dolían las muelas...

PRINC.—¿Las muelas? Muy fuerte debía de ser el dolor, pero yo no he recibido dinero alguno.

PEDR.—(Y esa es la verdad.)

CRIA.—Si vuestra Alteza se acuerda, ese dinero me lo ha entregado a mí para socorrer al infeliz Rubén, a quien se lo he llevado inmediatamente. He aquí una carta suya en que de seguro le dará las gracias y que me había olvidado presentarle.

PRINC.—¿Yo he hecho todo esto? *(Toma la carta.)*

PEDR.—(Vuestra Alteza no, yo sí.)

PRINC.—Pero para hacer esto sería menester haber estado en casa.

CRIA.—Ciertamente que estaba, pero enfermo.

PRINC.—¿Por quién me tomáis? ¿Yo enfermo? ¿He dado yo el dinero?

PEDR.—(Si no fuera por el miedo, soltaba la carcajada.)

MELIS.—(El Príncipe está loco.)

PRINC. *(Lee la carta.)*—«Alteza, no tengo pala»bras bastantes para dar gracias al magnáni»mo corazón de V. A., por las dos mil pesetas »con que me ha favorecido, que han sido la »salvación de mi familia. No teniendo otro me»dio para demostrar nuestro agradecimiento, no »dejaremos nunca de rogar al cielo por nuesto »ilustre bienhechor».

PEDR.—(Que soy yo.)

PRINC.—Si no lo viera con mis propio ojos, creería haber perdido el juicio. Pero ¿quién ha hecho todo esto? ¿Quién?... ¿Yo?...

PEDR.—(El mismísimo Pedrito.)

MELIS.—Esté seguro vuestra Alteza.

PRINC.—Me aseguro cada día más, que estoy en medio de bribones. Mas lo juro por mi honra, que no saldrán con su inteneto, y vosotros mismos probaréis el rigor de las leyes, por el ultraje que habéis osado inferior a mi persona. He abierto los ojos... ahora veo mucho y muy claro.

CRIA.—(¡Pobres de nosotros!)

MELIS.—(Está loco, en verdad.)
PEDR.—(La cosa va mal; me descubren de fijo.) *(Entra un criado con un pliego.)*
PRINC.—¿Qué es eso?
MELIS.—Un pliego dirigido a vuestra Alteza. *(Se lo entrega y sale el criado.)*
PRIN. *(Lee)*.—Don Isidoro ¿qué me querrá? »Alteza, apenas llegado a casa, expedí los docu»mentos de que hemos hablado, y todo esto para »mi justificación, y norma de vuestra Alteza». ¿Cómo? ¿yo he hablado con D. Isidoro?
PEDR. *(Ap.)*—Otra equivocación: he hablado yo.
CRIA.—¿No se acuerda que le concedió audiencia hace poco?
PRINC. *(Furioso)*.—¿Yo? ¡oh! esto es demasiado *(Lee y ojea las otras cartas.)* ¿Qué cartas son éstas? ¿Qué veo? ¿Pruebas de ello? Ahora estoy plenamente convencido. Intendente, revisad estas cartas y ved a quién van dirigidas
MEILS.—(¡Santo cielo! estoy descubierto).
PRINC.—Decidme ahora si no tengo razón en creer que vosotros todos os habéis conjurado contra mí, de acuerdo con el Conde del Pinar ¿No os bastan estas pruebas de vuestra infamia? ¿No estáis convencidos de vuestra culpa? Pérfidos, voy a hacer que os echen en un calabozo.
PERD.—(¡Ay! ¡ay! yo estoy metido en el lío, de seguro).
CRIA.—Alteza, yo no sé nada.
PRINC.—Ya sé que tú me eres fiel.
MELIS.—Yo señor...
PRINC.—¿Te atreverás todavía a fingir? Tú serás el primero en ir a la cárcel
PEDR. *(Aparte)*.—¡Qué bien le salen a ese las disculpas!
MELIS. *(Aparte)*.—¡Estoy perdido!

ESCENA ULTIMA

DOCTOR TENACILLAS y dichos

DR. *(Con una cajita bajo el brazo).*—A las órdenes de vuestra Alteza

PRINC.—¿Quién sois?

DR.—Yo soy el célebre doctor Tenacillas, conocido en todo este mundo y en el otro, el famoso cirujano, veterinario y dentista; en un santiamén, en un abrir y cerrar de ojos, echo el diente fuera y la raíz también. En América, Italia, Francia, Inglaterra, Suiza y Rusia, mi ciencia ha causado estupenda admiración; de mí hablan los libros, los hombres, las bestias y hablará vuestra Alteza cuando haya experimentado todo el efecto de mi profunda ciencia. Ahora verá...

PRINC.—¡Basta, basta! y ¿qué queréis?

DR.—Verá la diferencia que hay de un profesor a un sacamuelas: verá qué quiere decir hacerse operar por mano experta, científica, poderosa; verá en fin...

PRINC.—Pero ¿queréis acabar, o no?

DR.—Acabo. *(Pone la caja encima de la mesa y la abre.)* Por previsión, traigo conmigo todos los hierros necesarios; en este pequeño estuche hay todo lo que se necesita, para llevar a cabo cualquiera operación. ¡Ah! No se puede operar sin los instrumentos necesarios; el primer cuidado de un doctor es el de estar prevenido, para lo que pueda ocurrir. ¡Sería bueno que un señor Profesor como yo, no hubiese previsto...

PRINC.—Esto es demasiado. Os hago echar de aquí, si no dejáis de fastidiarme. *(Enfadado.)*

DR.—¿Qué manda vuestra Alteza?

PRINC.—¿Se puede saber lo que queréis?

DR. *(Se le acerca.)*—¿Quiere vuestra Alteza que vea dónde tiene el dolor?

PRINC.—¿El dolor? ¿estáis loco?

DR. *(Vuelve a acercársele.)*—Indíqueme el diente que le atormenta, y esté cierto de que, en un relámpago, le diré si es caries, inflamación, reuma, tensión de nervios...

PRINC.—Id con diez mil...

DR. *(Acercándose.)*—Tenga paciencia y abra la boca, porque es menester examinar el diente: si se necesita emplomarlo, lo emplomaremos; si arrancarlo, lo arrancaremos, lo mismo da; por la gran destreza de esta mano, apenas sentirá el hierro..

PRINC.—Que te lleve el diablo, charlatán maldito. *(Le da un empujón; y tambaleándose, el doctor tira la mesa.)*

PEDR.—¡¡Misericordia!! ¡¡Se acabó la comedia!!

DR.—¡Un príncipe bajo la mesa!

PRINC.—¡Qué veo! ¿quién eres tú?

PEDR.—El peón.

CRIAD.—He aquí el autor de tanto embrollo; azotaperros, me dan ganas de... *(Quiere pegarle.)*

PRINC.—Detente.

PEDR.—Detente, ¿has entendido? El Príncipe lo manda. *(Se queda de rodillas.)*

PRINC.—¿Cómo estás tú aquí? ¿por qué así vestido?

PEDR.—Vine por la puerta esa del cuarto que estaba limpiando, y al ver ese hermoso traje, me entró tentación de ponérmelo, y no he podido quitármelo, porque vuestra Alteza se llevó el mío. Una de dos: o tenía que quedarme en camisa o vestido así; opté por lo último. Estos me han confundido con vuestra Alteza; y yo, para que no me tomaran por ladrón, procuré aprovecharme del yerro hasta que vuestra Alteza trajera mi vestido. Me han mareado con visitas y asun-

tos en los que no entendía ni papa; he dicho sí o no, como se me ocurría, y no he hecho otro mal que beberme el chocolate y mandar las dos mil pesetas a aquel pobre Administrador. Creo que vuestra Alteza habría hecho lo mismo. Pido mil veces perdón, si involuntariamente he tomado un título que debía respetar; pero volviendo a lo acaecido, vuestra Alteza comprenderá que estaba obligado a hacerlo.

PRINC.—Levántate, tienes razón.

DR.—Si tenéis necesidad de mí, sin cumplimientos: yo soy el célebre Doc...

PRINC.—Si no calláis, os echo a palos.

DR.—No hablo más palabra.

PRINC.—Has hecho mal en venir aquí y ponerte mi vestido, y si te hubiesen descubierto antes, podrían haberte puesto en la cárcel. Sin embargo, veo en ello un medio que el Señor puso en mis manos para poder descubrir la felonía de unos traidores, quienes darán cuenta a la justicia. En cuanto a ti, por tu honradez y buen corazón, yo cuidaré de tu porvenir sin que tengas necesidad de hacer más de peón.

PEDR.—¡Oh! ¡gracias, Alteza! No sé cómo expresarle mi agradecimiento. *(Le besa la mano.)*

PRINC.—De hoy en adelante, si quieres, serás mi paje, yo te protegeré y llegarás a ser un hombre digno y honrado.

PEDR.—Acepto agradecido vuestro noble ofrecimiento. *(Al público.)* Sólo falta ahora pedir a estos señores nos dispensen la molestia.

Si el sainete os ha gustado,
un aplauso os pediría;
entonces, feliz sería
el *príncipe improvisado.*

TELON.

